

[23]

Mi meta siempre ha estado más lejos

Soy Aida Mahecha de Bowie. Naci en un pueblo de Cundinamarca llamado San Juan de Rioseco. En Bogotá me casé con un isleño y me tocó renunciar a mi puesto para venirme con él a San Andrés. Ya hace 32 años que me vine para San Andrés. Y yo dejé la ciudad, una oficina, unas costumbres, unas actividades tan regias, tan propias del desarrollo, una familia, y me vine a una isla en donde, en ese momento, el único familiar era mi esposo. Dejé mi trabajo y mi tierra. Llegué a vivir en el Cove. Siempre he vivido en el seno de la comunidad raizal y es a los que más quiero y conozco de la isla. Estuve trece años en el FER, hasta finales de 1992. En 1993, estuve como secretaria privada de la gobernación. Monté el sistema prestacional del magisterio. Y al año, cuando hubo una evaluación nacional, San Andrés obtuvo el primer puesto en gestión, en aplicación de las normas y en resultados. Estuve como jefe administrativa desde 1993 hasta 1995. En 1997, como despedida de mi vida laboral, quise hacerme elegir por votación popular para la asamblea y no salí elegida. Estas tres placas que tengo aquí me las han dado por mi labor, pero aún no me doy por vencida. Mi meta todavía está más lejos.

Tengo siete hermanos, dos varones y cinco hermanas. Mi papá era agricultor y mi mamá, ama de casa. Mis papás se fueron al pueblo y ahí nacimos. Como toda mujer de ese tiempo, mi mamá se dedicó a levantar a sus ocho hijos. Fue una líder a pesar de las vicisitudes, del machismo marcado, de la falta de educación y del peso del hogar. Nunca la veía desfallecer ni cansarse y siempre tenía un consejo. Nos insistía en que había que estudiar porque la vida es dura. Cuando éramos niños, las mujeres iban muy poco a la escuela pero los abuelos de mi madre eran acomodados y

le pudieron dar educación a ella y a mis demás tíos en la casa de la vereda donde vivían. Casualmente la profesora de mi madre se llamaba Herlinda y mi madre me colocó ese nombre en su honor.

Las aspiraciones y premios de ir siempre más allá

Yo estuve en San Juan hasta los diez o doce años. Como desde muy niña miraba la vida no tan cerca de mi sino distante, no quería quedarme ahí. Mi meta siempre ha estado más lejos. A pesar de la escuela y de las vivencias familiares, existía en mi un afán por llegar a esa meta. Era una meta desconocida. Tal vez por eso siempre vivo buscando nuevas metas. Miraba mucho los hombres del pueblo, al alcalde, al notario, al cacique, al sacerdote, y veía que a ellos se les rendía admiración. En cambio, veía que, lo que hacían las mujeres del pueblo, lo miraban como una actividad secundaria, casi sin importancia. Veía en las madronas algún perfil y quería saber por qué se les decía así, si era porque tenían plata y apellido. No estaba conforme con eso. Buscaba en ellas algo más para mirarme o apoyarme, un ejemplo a seguir, además del que tenía en mi casa. Lo que veía de la mujer en la casa, que el mayor estudio fuera enfermera o secretaria, que eso fuera lo máximo, no me satisfacía. Siempre me dije: no se si llegaré mas allá pero nunca creo que lo que tengo es suficiente. Por eso soy tan inquieta.

Me fui a Bogotá a los trece años, adonde una tía, y estudié secretariado. Y aunque no pensaba que me iba a quedar ahí, fue la mejor alternativa de

empleo, de libertad y autonomía económica. Cumplí con el objetivo y ya terminada mi carrera de secretariado trabajé en una compañía de chilenos. Me iban a llevar a Chile pero me dio un poco de temor y de tristeza dejar a mi familia sola. Somos muy unidos, nos queremos y respetamos mucho. Eso me impidió correr el riesgo de ir a Chile o a Venezuela, adonde también pude haber ido. Como secretaria privada de la gerencia general de la electrificadora de Cundinamarca, por ese interés que yo ponía en el trabajo, porque daba todo de mí y me exigía cada vez más, siempre fui premiada. Cada fin de año me daban estímulos: un anillo de perlas que todavía conservo, un viaje a la Costa, etc. Otra vez me premiaban por ser la primera en llegar y la última en salir, por no rechazar el trabajo. Es así como los descuentos en el salario que le hacían a algunos empleador que llegaban tarde, me los daban a mí como premio a la puntualidad.

La vida entre los isleños

En Bogotá me casé con un isleño llamado Donaldó Bowie Tapia y me tocó renunciar a mi puesto para venirme con él a San Andrés. Para que yo no me retirara de la compañía, el jefe de la electrificadora de Bogotá me ofrecía que le daba trabajo también a mi esposo, pero él estaba estudiando. Finalmente, mi esposo no terminó su carrera. Se vino a trabajar en la isla como empleado y hoy es pensionado igual que yo. Tuvo varios puestos. Fue gobernador encargado, estuvo en varias secretarías, tuvo una hoja de vida incuestionable. Por eso puede ir con su frente en alto por donde quiera que vaya. Yo estoy muy orgullosa de eso, y por ese mismo camino van mis hijos Mike y Luana.

Ya hace 32 años que me vine para San Andrés. Fue un riesgo grande. Mi familia y mis amigos me decían: no se vaya para la isla, va a estar sola. Y yo dejé la ciudad, una oficina, unas costumbres, unas actividades tan regias, tan propias del desarrollo, una familia, y me vine a una isla en donde, en ese momento, el único familiar era mi esposo. Dejé mi trabajo y mi tierra. Pero es que, además de cumplir con unas metas profesionales, el matrimonio era también parte de mi aspiración. Quería casarme y si vuelvo a nacer me vuelvo a casar. Dos cosas me llenaban del matrimonio: tener mi marido y tener mis hijos. Y cumplí ese

sueño. Aspiraba a tener muchos hijos, tuve cinco embarazos, pero perdí tres y me quedaron el primero y la última hija, un varón y una hembra. El primero nació en Bogotá por el temor de estar sola en el parto, y la hija si es de aquí, de la isla.

Llegué a vivir en el Cove. Siempre he vivido en el seno de la comunidad raizal y es a los que más quiero y conozco de la isla. Duré diez años dedicada a los quehaceres del hogar, en la casa, aprendiendo a hacer "rondón", a hacer unas albóndigas de caracol que se me desbarataban una y dos veces. Hice tres intentos esperando a Donaldó al almuerzo. Quería agradarlo y aprender porque la comida isleña es muy rica. Aunque no soy amante de la cocina, es rico tener varias actividades, conocer más la cultura isleña. Fue muy duro pues necesitaba cosas y tenía que salir fuera del hogar y todos hablaban inglés. Yo me reía cuando ellos se reían. Todavía a veces no entiendo cosas, pero se que, como es gente muy sincera, pude y podré estar tranquila entre ellos sin que eso sea una limitante.

Mi esposo no era partidario de que yo trabajara fuera de la casa. Pero yo no nací solo para eso. Al ver que perdía los niños con frecuencia, el médico me recomendó que tuviera otra actividad fuera de la casa y me puse a trabajar. Por la recomendación del médico, empecé a trabajar en el Fondo Educativo Regional (FER). Y fue tan efectiva la recomendación que entré en noviembre y en agosto del siguiente año ya quedé embarazada de mi niña.

La gestión pública con responsabilidad social

Estuve trece años en el FER, hasta finales de 1992. En 1993, estuve como secretaria privada de la gobernación. Luego salí un viernes del trabajo y el lunes ya entraba a otro. En ese momento empezaron unas experiencias lindas como cuando, por la ley del fondo prestacional del magisterio se necesitaba, según mi jefe, designar a una persona "pilosa" para montarlo. Y yo lo hice. Monté el sistema prestacional del magisterio. Y al año, cuando hubo una evaluación nacional, San Andrés obtuvo el primer puesto en gestión, en aplicación de las normas y en resultados. Estuve como jefe administrativa desde 1993 hasta 1995.

En los tres cargos me fue muy bien pero no me conformaba con haber escalado posiciones. Estando trabajando como secretaria privada de la gobernación con el Antonio Manuel, presenté un organigrama de la gobernación con la imagen de una bicicleta trataba de mostrar que la gente debía poner su fuerza y las secretarías debían articularse para evitar que fueran ruedas sueltas. Para superar el verticalismo de jefe subalterno, en la rueda delantera puse el desarrollo social integral y en cada radio iba un programa constitucional, de Estado, de gasto. En la otra rueda puse el ingreso: hacienda, turismo, peca, agricultura, integración fronteriza con los siete países centroamericanos y las islas para captar recursos. Para enlazarlas, en un pedal puse lo jurídico para evitar que los gobiernos hicieran ilegalidades y salieran cuestionados. La rueda de adelante era la comunidad y lo económico la de atrás. Aplicaba los pasos para hacer un proyecto. ¿Qué hacer cuándo se pincha una llanta porque una secretaría no funciona, cómo desbloquearla? Todas esas cosas las pensaba y diseñaba a las 11 de la noche, después de trabajar y de dar de comer a la hija. Le pasé el organigrama al gobernador Leslie –aunque él me sacó porque traía su equipo de trabajo- y a la asamblea, siendo presidente Zacarías Williams, en 1997. Es la hora en que no he tenido respuesta. Cuando me encontraba con ellos decían que iban a tratar el asunto, pero nada.

No me quedé quieta y comencé a trabajar en otra solución, ya no gubernamental sino socioeconómica y cultural. Me metí a hacer la especialización en gerencia social. La primera tesis la hice en 1989, a nivel tecnológico, con la propuesta de crear aquí en la Loma un municipio teniendo en cuenta la ley 14, que fortaleció el fisco municipal, y la ley 60, que otorgó destinaciones para salud y educación. Así se fortalecieron los municipios y yo quería que la Loma y San Luis tuvieran ese desarrollo comunitario.

Luego, en 1995, cuando ya estaba para terminar mi carrera y conociendo la problemática diaria del isleño quise contribuir al desarrollo de las comunidades. La segunda tesis que hice estaba destinada a construir y dotar un teatro, el Thomas O'Neil, donde quedaba la cárcel en la Loma. Ese sigue siendo mi gran anhelo. Tener dentro de la comunidad isleña y del sector tradicional de la

Loma un espacio que permita dignificar el nivel de vida, obtener mayores recursos del sector empresarial, turístico y estatal, hacer un polo de desarrollo en el departamento que permita que los niños y jóvenes tengan un modelo que mirar, así como yo lo buscaba desde niña. Quería que ellos también miraran cosas nuevas, de mayor resultado.

Estas dos últimas iniciativas de las tesis estaban dirigidas a la secretaría de educación, y encontraron algo de eco pero por cuestiones políticas no les han puesto atención, a pesar de que uno de los requisitos de las dos tesis era hacer encuestas que midieran la aceptación de la gente y pese a que los tres proyectos tuvieron buena acogida.

Entre 1990 y 1995, cuando aquí se movía bastante dinero, presenté otra iniciativa a Asobancaria. Propuse que los bancos, que no le aportan nada a la comunidad, dieran dos bonos universitarios para jóvenes isleños de alta capacidad intelectual, que no puedan ir a estudiar por falta de recursos. Tampoco tuvo acogida.

Las iniciativas políticas

En 1990, tuve la oportunidad de ir en la comisión para la constituyente con Juvencio Gallardo, Fidel Corpus, Julio Gallardo, Alberto Escobar y Samuel Ceballos. El gobernador Kent Francis escogió la comisión con personas inquietas que nos reuníamos periódicamente cuando se fraguó la constitución.

Mi primera propuesta era crear dos municipios: uno en la Loma, otro en San Luis y uno más en el centro. También hice otras tres propuestas a la constituyente. En primer lugar, que se describieran los cayos, bancos y bajos, que le pertenecen al departamento. Yo presentía que los cayos podían ser negociados por el Estado y que San Andrés iba a quedar sin garantía ni apoyo. Ya nos habían quitado a Rosalinda al lado de Serranilla y a Puerto Nuevo lo habían llamado zona común. Yo saqué eso a la radio y nadie puso atención. La propuesta no tuvo apoyo ni acogida. Y, con la ratificación del tratado, Honduras se quedó con Rosalinda, perdiendo 35 mil kilómetros de zonas marinas y submarinas con gran riqueza ictiológica. Eso es más grave ahora cuando, con

la descentralización, cada departamento y municipio tiene que vérselas como pueda. La otra propuesta pedía evitar la expropiación de tierra de los isleños para no repetir lo que había pasado en el Cove con la Armada. Y la tercera propuesta buscaba el fortalecimiento del bilingüismo.

De acuerdo a lo que se acordó en la constitución, me puse a construir una cartilla dirigida a los jóvenes y sus familias isleñas, donde se articulan los padres de familia, los estudiantes y el educador, para buscar la forma de prosperar en una sociedad multicultural y pluriétnica. Lo hice con un médico de salud mental, Alberto Ulloa, que me aportaba mucho y con el que nos entendimos muy bien en ese trabajo. Se trataba de ver qué hacer con la delincuencia de la juventud, la droga, las niñas embarazadas a temprana edad, el conflicto familiar, que se acentuó, el desempleo, que aumentó, la autoestima de los jóvenes, que se bajó, y la aparición del dinero fácil.

Como la educación juega un papel importante, le propuse al médico hacer una cartilla parecida al catecismo del padre Astete o a la cartilla de leer, que enseñara además cuál es la deuda del departamento, cuánto hay por pagar, qué cayos nos pertenecen, cuáles son los problemas de la población, cuáles son sus derechos y deberes. Quisimos llenar esos vacíos de formación y acabar con el divorcio entre la escuela y la vida diaria, la desunión entre profesores y padres, entre niños y profesores. Así cuando el joven salga de bachillerato ya tiene una educación integral, no está desfasado, se conoce internamente. La propuesta está en estudio en la secretaría de educación. Porque exige investigación, talleres y participación. Esta cartilla contiene una unidad con el árbol genealógico para que el estudiante conozca la composición de su unidad familiar. Tomamos la evolución de 74 años de la vida de algunas familias y su situación actual.

Todo esto lo hago como pensionada, por iniciativa propia y sin recibir nada a cambio. En 1997, como despedida de mi vida laboral, quise hacerme elegir por votación popular para la asamblea y no salí elegida. Estas tres placas que tengo aquí me las han dado por mi labor, pero aún no me doy por vencida. Mi meta todavía está más lejos.

La falta de liderazgo en las islas

No podemos podar un árbol sin darnos cuenta como está la raíz. Si preparamos a los niños y jóvenes y no a sus líderes, es muy difícil sembrarles liderazgo, autoestima, solidaridad, mejor relación con el otro. ¿Dónde está el liderazgo político para enderezar esta situación y contribuir al bienestar de las familias? ¿Dónde está el liderazgo espiritual? ¿Dónde está el liderazgo familiar? Lo cierto es que falta una mejor orientación política, espiritual, estatal y familiar.

La sobre población llegó a la isla por mala orientación del desarrollo socioeconómico. Con el puerto libre al isleño le gustaba ver al extranjero, y le abrieron sus puertas y corazones, pero a cambio de nada. Los políticos e intendentes comenzaron a aceptar que llegara gente. No orientaron al isleño para no arrendar o vender la tierra ni le enseñaron a poner su almacén.

Yo presenté una propuesta de bachillerato técnico empresarial con visión exportadora para que se hagan empresas asociativas, se supere la cultura del individualismo, se siembre la empresa asociativa. De esta forma el espacio de los que ya hicieron empresa y se fueron lo puede ir tomando el isleño para un renacer de San Andrés. Pero antes de que eso sea posible no podemos decir que se vayan los comerciantes o empresarios, pues el isleño no está preparado para asumir ese reto. Hay que capacitar a los jóvenes en comercio internacional, turismo, empresa, para que en quince o treinta años surja un San Andrés como el que queremos. En otras islas han podido convivir varias etnias. Eso haría una fuerza poderosa para que los que trabajen aquí y los profesionales isleños saquen a San Andrés de su crisis y la conviertan en una isla fuerte, poderosa, como, por ejemplo, Singapur.

Creo que al reconocerle a los isleños unos derechos específicos se estimula su exigencia de respeto a sus costumbres, a sus ideales. No creo que la independencia sea posible. Solos no se puede. En la mente de los isleños no está la separación. Lo que se busca es que el gobierno nacional y el sector político le ponga mayor atención a las islas y que la economía y el territorio puedan ser gozados por los nativos como fue el sueño, el trabajo y la herencia de sus antepasados.